

10

Milagros que se Producen al Orar con el Cliente

CUANDO el colportor ora con los clientes, realiza un doble beneficio, pues los fortalece a ellos y se fortalece a sí mismo.

La oración del colportor con la gente despierta más respeto y confianza hacia el colportor, los anima a confiar más en Dios, alivia sus preocupaciones, enternece su corazón y los predispone a recibir los libros y el mensaje. Además, orar con el cliente eleva y fortalece al mismo colportor, lo acerca más a Dios y lo coloca bajo su prosperadora bendición.

Sorpresas inesperadas han ocurrido al orar con el cliente. Gracias a esas oraciones, el cliente ve en el colportor, no un vendedor mercenario, sino un vendedor benefactor. Eso aviva su simpatía hacia el colportor y solicita los libros que había rechazado antes de orar, o empieza a indagar acerca de la verdad.

Con todo esto, el colportor no ora con la gente con el fin egoísta de vender libros, sino para despertar sus mejores sentimientos y guiarlos hacia Dios y hacia la salvación.

La gente, por su parte, aprecia esas sentidas oraciones del colportor y hasta las solicita, como aquella buena señora de Puerto Rico. El Hno. José R. Martínez estaba acompañando a un colportor. Después que ella encargó

los libros, les dijo ansiosamente: “Hijitos, antes de irse, oren por nosotras”.

Estaba yo acompañando a uno de los campeones de Puerto Rico, Miguel Cholet. Al finalizar una visita a un abogado, le propusimos orar con él, y como sucede a menudo, él llamó a su esposa e hijos para que se beneficiaran con la oración. Después de orar, dos veces nos agradeció efusivamente y nos dijo: “El mejor obsequio que podían haberme hecho ha sido esta oración”. El quedó feliz y nosotros también.

Se olvidó de algo

José Jimenes, del Brasil, había estado varios años fuera del colportaje, y aunque estaba ganando mucho dinero en su trabajo secular, no se sentía feliz. Cuando reingresó a la obra, el colportaje había entrado en una fase más francamente espiritual. Inconsciente aún de este cambio, Jimenes pasó por una gran vergüenza cuando el mismo comprador le explicó la nueva manera de colportar.

Debido a su deseo de realizar la mayor obra misionera posible, Jimenes salió a colportar con *El conflicto de los siglos*. La primera persona que visitó le encargó el libro, la Biblia y las revistas.

Jimenes quedó animado, y cuando se levantó para retirarse, el cliente le dijo:

—Ud. se olvidó de algo. El colportor miró a su alrededor y no vio nada olvidado. Abrió el maletín, y al ver todo en orden, preguntó al comprador:

—¿Qué es lo que olvidé?

—Ud. olvidó hacer lo que hizo el compañero suyo que me visitó hace un año. Antes de irse, él oró conmigo —respondió el hombre.

El buen Hno. Jimenes se sintió apenado, bajó la cabeza, y para disimular, sacó la Biblia del maletín, leyó Juan 14:1-3, oró con el cliente y se fue.

Dos años más tarde, el Hno. Jimenes ya era director de colportaje, y en una asamblea nos mostró una carta que acababa de recibir, contó la historia precedente y nos dijo:

“Esta carta cuenta que ese hombre y su familia están guardando el sábado y asistiendo a la iglesia”.

Derriba las barreras

Era un domingo cuando Francisco Guevara, uno de los más intrépidos colportores hondureños, visitó cierto hogar de San Pedro Sula. Lo atendió una señorita, quien después de escuchar la demostración de las obras, le dijo:

—No puedo comprarlas porque saldré pronto de viaje; además, mi mamá está muy enferma.

El Hno. Guevara le ofreció varios ejemplares de nuestra hermosa revista, los cuales ella compró. Luego él le dijo:

—Ud. dijo que su mamá está enferma. ¿Qué le parece si tenemos una oración en favor de su salud?

—Está bien —replicó ella—. Voy a llamarla.

Cuando la enferma llegó, los tres inclinaron su rostro y el colportor oró. Después del amén, la señorita le dijo al hermano Guevara:

—Puede anótarme esos libros que me mostró y le voy a anticipar veinte lempiras.

La oración vence los imposibles.

Por qué entrega todos sus pedidos

En una asamblea realizada en Puerto Rico, el director llamó sin previo aviso a Jenaro Vargas, y ante todos los demás le preguntó:

—Hno. Vargas, hemos visto que mientras sus compañeros entregan el 75% de los pedidos que toman, y algunos aún menos, Ud. entrega el 98% y el 100%. Díganos, ¿cómo hace para tener entregas tan buenas?

Después de un instante, Vargas respondió:

—Yo procuro tomar bien los pedidos, con algún anticipo.

—Los otros colportores también solicitan anticipo —le dijo el director—. ¿Qué más hace Ud.?

—Además, antes de retirarme, oro con cada comprador.

Ahí estaba el secreto. Es admirable la confianza, la simpatía y hasta la gratitud que la gente siente hacia el colportor que ora por ellos.

En cierta ocasión un hombre le encargó los libros a Vargas y le dijo que no podía darle anticipo. Vargas aceptó el pedido igual, y conforme a su buena costumbre, oró con ese hombre. Cuando quiso despedirse, el señor le dijo: "Espere un momento. Voy a darle cinco dólares".

Más poderosa que las armas

El gran director Pedro Camacho, de la División Sudamericana, cuenta un incidente singular que le ocurrió a un colportor jovencito, que estaba terminando una entrega de libros en una mina de carbón de Río Grande del Sur.

Cuando el colportor estaba almorzando en la pensión, el camarero le avisó que dos hombres lo esperaban afuera para hablar con él. Al salir, el colportor los vio con los libros en la mano, bien armados y enojados. En pocas y nerviosas palabras le dijeron que querían su dinero de vuelta. El les pidió que esperasen un momento hasta que él terminara de almorzar.

Eso le dio tiempo al colportor para pensar cómo proceder. Cuando regresó a atender a los hombres, los invitó a pasar a su cuarto. Al llegar, uno de los compradores entró con él, y el otro no quiso entrar. El colportor cerró la puerta y le preguntó:

—Supongo que Ud. cree en Dios, ¿verdad?

—Sí —contestó de mala gana el visitante.

—Entonces, antes de hablar de los libros, vamos a orar a Dios.

Y sin esperar, el colportor se arrodilló. El hombre quedó confundido, y aunque no estaba con ánimo de orar, también se arrodilló. Cuando el colportor terminó de orar, le pidió al hombre que orara él también, y esperó. Pero el hombre no oraba; estaba molesto y sudaba profusamente. Al fin pidió permiso, se levantó y salió rápidamente.

Al verlo salir con los libros en la mano, el compañero que había quedado afuera, le preguntó:

—¿No vas a devolver los libros?

Sin detenerse siquiera, el otro contestó:

—¡No, vámonos pronto! —y siguió alejándose con paso rápido, seguido de su compañero.

El espíritu de oración, puede más que las armas y las palabras.

La fama de los adventistas

Cuando Ivo Siqueira visitó a una familia de Taguaté, en el Estado de San Pablo, Brasil, descubrió que eran testigos de Jehová. Entonces le dijo al señor de la casa:

—Los “testigos” conocen mucho la Biblia.

—No, señor —replicó el dueño de la casa—. Nadie conoce la Biblia tan bien como los adventistas; tanto, que nuestros dirigentes nos advierten que no debemos hablar con ellos.

El hombre tenía razón. En todos los certámenes bíblicos nacionales realizados en el Brasil, los adventistas habían ganado los primeros lugares, y cuando participaron en el certamen bíblico mundial en Jerusalén, los adventistas del Brasil habían ganado también, una vez el segundo lugar, y otra vez el primero.

Apenas Ivo empezó a presentarle los libros, el hombre preguntó:

—Entonces ¿es Ud. adventista?

—Sí, señor.

—En ese caso, puede irse de mi casa.

El colportor se levantó para salir, pero antes le dijo:

—Antes de irme, ¿quiere que oremos?

—Bueno —contestó el hombre.

Terminada la oración, el testigo de Jehová había cambiado de actitud y le dijo:

—Veo que Ud. es un buen cristiano. Hasta hoy nadie había orado conmigo. Voy a comprar sus libros. ¿Cuánto cuestan?

Así el hombre encargó los libros y dio un buen anticipo, casi sin haber oído de qué trataban.

Cambió mi vida

A veces se puede orar con el cliente en perspectiva aun antes de ofrecerle los libros, como en el siguiente caso.

Cuando el pastor Félix Rodríguez trabajaba en el colportaje, un día estaba acompañando a una colportora y entraron a visitar a un farmacéutico de Santurce, Puerto Rico. Después del saludo, el farmacéutico les dijo en forma ruda:

—Si se trata de libros, no quiero saber nada.

—Sr. Fulano, permítame explicarle —contestó Rodríguez.

—Salgan por la misma puerta por donde entraron —insistió el hombre.

—Bien, vamos a salir, sin embargo, parece que Ud. estuviera afectado por algún problema, y tengo la impresión de que le traemos la solución que necesita. Nosotros somos adventistas. Permítame una pregunta. Ud. cree en la oración, ¿verdad?

Sin decir una palabra, el hombre asintió con la cabeza. Entonces el pastor Rodríguez siguió diciéndole:

—Quisiéramos orar por Ud., para que Dios le ayude a resolver sus problemas; pero aquí no, permítanos pasar allí adentro.

Cuando estaban por la mitad de la oración, el hombre empezó a llorar a sollozos, como un niño. Cuando se levantaron de la oración, el farmacéutico echó sus brazos sobre el pastor Rodríguez y le dijo:

—Perdónenme Uds. Yo no quería recibirlos, porque unos testigos de Jehová han deshecho mi hogar, aconsejando a mi esposa a separarse de mí.

Luego encargó los libros. El día de la entrega encontraron que su esposa había regresado al hogar, y entonces él les dijo:

—Aquella oración que ofrecieron por mí, cambió mi vida. Ahora soy un hombre feliz.

Un colegio por una oración

Pueden ocurrir cosas insólitas en respuesta a una oración. El pastor E. J. Kanna, entonces departamental de la Misión de Bahía, Brasil, nos contó un día el siguiente milagro.

Cierta noche de septiembre de 1963, recibió la visita de un abogado, presidente de la Cámara Municipal de Ita-

quara. El hombre le preguntó si la Iglesia Adventista aceptaría de regalo un colegio que la Municipalidad de Itaquara había edificado en esa ciudad. El ofrecimiento incluía el sueldo del director y de los profesores. Después de estudiar la propuesta, la Misión aceptó el regalo.

En una ocasión posterior, el pastor Kanna le preguntó al presidente de la Cámara Municipal por qué ellos habían elegido a la Iglesia Adventista para donarle ese colegio. La respuesta fue reveladora.

El presidente contestó que la elección de la Iglesia Adventista se debía al deseo del hombre más rico y más influyente de ese lugar, un señor llamado Agenor Araujo. “Pregúntele a él”, sugirió el presidente al pastor Kanna.

El pastor repitió la pregunta al Sr. Araujo, quien le reveló algo hermoso. “Hace catorce años —dijo— me visitó en mi finca un joven adventista que vendía libros. Me habló de su religión, me leyó la Biblia y quiso que yo me hiciera adventista. Antes de irse, oró conmigo. Quedé tan impresionado por aquella oración, que nunca la pude olvidar. Entonces me di cuenta que los adventistas son personas de principios rectos, que tienen luz. Por eso quisimos que Uds. se encargaran de la dirección espiritual de esta ciudad”.

Entonces nuestra Misión consiguió el personal adventista necesario para este nuevo colegio, que empezó a funcionar en seguida.

A las pocas semanas de empezar las clases, el director dictó una serie de conferencias, y allí donde hasta entonces no había ningún adventista, un par de meses después, fueron bautizados los primeros cuarenta conversos. Entre ellos estaba el Sr. Agenor Araujo, entonces presidente del banco de la ciudad, y con quien el colportor había orado catorce años antes.

Además de esas primeras conversiones, hubo otros resultados notables. El cine y el bar con su venta de bebidas alcohólicas, fueron clausurados, y la gente de ese pueblo estaba admirada de la buena influencia ejercida por los adventistas.

¡Quién puede medir el grandioso resultado de una ora-

ción ferviente, como la que realizó aquel modesto colporteur con ese hacendado!

El hombre de Dios

He aquí otro admirable caso del poder de la oración del colporteur en favor de su cliente. En Ponta Porá, Mato Grosso, Brasil, el colporteur José Oliveira llamó a cierta casa, y la señorita que lo atendió le dijo: “Es imposible hablar con mi padre. Hace tres meses que está enfermo de gravedad”.

No obstante, hablándole con tacto, el colporteur consiguió entrar. Cuando Oliveira narraba este caso nos dijo: “Encontré al enfermo en su cama, al borde mismo de la eternidad, sin esperanza de sanar”.

El enfermo no encargó los libros. El colporteur guardó el prospecto y sacó la Biblia. Le leyó varios pasajes alentadores y oró con él y por él. Al terminar la oración, de su propia iniciativa, el hombre encargó una Biblia.

Cuando Oliveira regresó a entregar la Biblia, quedó asombrado al ver al hombre levantado, en la sala y conversando animadamente con un amigo. Tan pronto como el ex enfermo vio al colporteur, le dijo a su amigo:

—Ahí viene el hombre de Dios.

—¿Cómo está, Sr. Fulano? —le preguntó el colporteur.

—Casi sano, —respondió el hombre.

Entonces ese señor le explicó al amigo:

—Yo estaba muy enfermo y perdido. Hace algunos días este joven oró por mí y ahora me siento bien.

En otras visitas Oliveira le dio estudios bíblicos a ese señor. Cuando llegaron al tema del sábado, el hombre le preguntó al colporteur:

—¿Dónde está su iglesia? Y desde entonces asistió asiduamente a los cultos. Al relatar el caso, Oliveira terminó diciendo: “Todo colporteur puede hacer esta obra”.

“Ud. no tiene paz”

Con mayor frecuencia cada vez, los colportores están encontrando o provocando la ocasión de orar con las personas

que visitan. Veamos cómo procedió el colportor Luis Nieto, de Colombia.

Un comerciante se mostró serio y reservado con él y al fin, no le compró los libros. Nieto guardó su prospecto y mirándolo al rostro, le dijo cariñosamente:

—Don Hernando, Ud. no tiene paz en su corazón.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó sorprendido el hombre.

—Se ve en su rostro, y estos libros que le ofrecí le traerán la paz y la salvación que necesita.

Entonces Nieto agregó:

—Yo tengo fe en Dios y voy a orar por Ud. Después de una breve pausa, siguió diciendo:

—Si quiere, podemos orar ahora y aquí mismo.

El hombre consintió, y aunque estaban en el almacén, Nieto elevó una corta oración en favor de ese señor. Al despedirse le dijo:

—Seguiré orando por Ud., y además, sepa una cosa, siempre tendrá en mí a un amigo para servirle.

Dos semanas después, Nieto estaba entregando libros y uno de los compradores le dijo:

—Don Hernando lo está buscando desesperadamente.

—¿Para qué? —preguntó Nieto.

—Para que le lleve los libros —fue la respuesta.

Cuando Nieto volvió a ese comercio, don Hernando le compró los libros, se inscribió en el curso bíblico y empezó a recibir estudios.

Esta es otra prueba del poder de la oración con el cliente, para cambiar los corazones indiferentes y despertar en ellos el ansia de la salvación.

Soluciona mis problemas

Colportando en Arecibo, Puerto Rico, Rafael Urbáez visitó a un ingeniero y le ofreció la colección de cuatro libros grandes, pero el cliente encargó solamente uno de los cuatro libros.

El día de la entrega el ingeniero recibió el libro, y conversando un poco con Urbáez, le contó algunos de sus problemas. Para ayudarle a confiar en Dios, Urbáez le dijo:

—Yo tengo un amigo que me ayuda a solucionar mis problemas y él podría ayudarle a Ud. también.

—¿Quién es ese amigo?

—Ese buen amigo es Dios —respondió Urbáez—. Cuando tengo alguna dificultad, se la presento a él en oración. Yo acostumbro a orar asiduamente.

Por un momento, el ingeniero quedó pensativo, luego comentó:

—Yo también necesito aprender a orar.

—¿Por qué no oramos ahora mismo? —sugirió Urbáez.

Después de la oración, el ingeniero le preguntó qué otros libros vendía. Y ese hombre que en la primera visita no había querido comprar más que un solo libro, ahora le encargó libros por valor de cien dólares.

Este ejemplo muestra que debemos orar con los que visitamos para animarlos a confiar en Dios. Ahora hay más colportores que están orando con casi todos los que visitan, sea que encarguen los libros o no.

Cómo ofrecer la oración

Hay diferentes maneras de proponer la oración a un cliente. Todo depende de las circunstancias y de la conversación que el colportor haya sostenido con el individuo. Sin embargo, presentamos aquí una forma general que puede adaptarse a muchos casos.

Al terminar la entrevista, sea que se haya tomado o no el pedido, después de pedir información y recomendaciones, podemos decir a la persona:

“Sr. Fulano, ha sido un placer visitarlo; Ud. ha sido muy atento conmigo. Ahora quisiera dejarle un obsequio que lo reconforte. Sin duda, Ud. tiene fe en Dios y en la oración. Yo también creo. Ud. sabe que la oración es la mejor manera de resolver nuestros problemas. Si me permite, me gustaría elevar una oración a Dios en su favor, antes de retirarme. Yo oro y Ud. escucha. ¿Está bien?”